



Se suplica la inserción.

CONCURSO DE BELLEZAS INFANTILES

Merece leerse el que anuncia la Revista

ROSA Y AZUL

en su número 17.

Crítica y Bellezas.

Correspondencia.



IMPORTANTE: Toda la correspondencia, giros y reclamaciones á nombre de D. Estanislao Maestre, calle del Marqués de Santa Ana, 33, pral.—MADRID.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa ..	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.
El suscriptor,

(1) Libranza, sellos que no excedan de una peseta, sobre monedero ó en la forma que más le convenga.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir **25 céntimos** los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un **cupón-regalo**, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente **52** cupones con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa: 3 pesetas en toda España.



Aquí, en el mismo lugar donde otras veces hemos tributado elogios á las personas que á ellos se hicieron acreedoras,

queremos tributárselos al que ha sido fundador de ROSA Y AZUL, al Director propietario D. Dionisio Calvo. Y al mismo tiempo que hacemos conocer al público el desinterés con que cede la Revista á nuestro Director artístico, queremos dar á los lectores una satisfacción que les debemos y que no les dimos antes por habérselo prohibido aquél.

Hagamos un poco de historia.

Hallábase *Azul y Rosa* en situación difícil por circunstancias que no es ocasión oportuna detallar; el Sr. Calvo, padre amantísimo, tenía suscriptos á dos hijos suyos, y sabedor de que la citada Revista iba á suspender su publicación, avistóse con el propietario y le hizo ventajosas ofertas para que siguiese publicándola; ofertas que se estrellaron ante una mal entendida defensa de derechos.

Visto que fatalmente *Azul y Rosa* no podía continuar, llamó el Sr. Calvo al Sr. Maestre y le propuso continuar publicando una

Revista de la cual era el alma. Dado el entusiasmo de quien viene dirigiendo ROSA Y AZUL y el que manifestaba el Sr. Calvo, no tardaron en entenderse, y surgió la naciente publicación cuando la anterior fenecía.

Al Sr. Maestre seguimos cuantos redactábamos *Azul y Rosa*, porque en ésta, aun no siendo más que redactor, nos inspiraba lo bueno ó malo que en ella publicábamos, y logró que en poco tiempo alcanzase el favor del público.

Pues bien; cuando la nueva publicación ha obtenido su completo desarrollo; cuando su vida está asegurada por el creciente favor del público, el Sr. Calvo llama á su despacho al Sr. Maestre y le dice:

—Amigo del alma: ROSA Y AZUL ya puede dejar los andadores. Yo tengo que ausentarme de Madrid; ahí la tiene usted regalada como premio á cuanto para ella ha trabajado. Sólo le pongo por condición que no se aparte ni un ápice del camino que hasta aquí siguió y que nombre á mis hijos suscriptores honorarios. Ya lo sabe usted: desde hoy es Director y propietario. Todos los compromisos que he adquirido cumplidos están; nadie me puede motejar de informal. De las reformas que hay en cartera, usted se encargará, puesto que de su iniciativa eran. ¡Ah! Hágame el favor de dar las gracias en mi nombre á cuantos con su apoyo nos ayudaron á llevar la Revista adonde hoy se encuentra.

Y el Sr. Maestre se complace en hacer público esto aun á riesgo de lastimar la modestia del que fué más que nuestro jefe un cariñoso compañero.

BEBÉ.

LOS BIZCOCHOS

TRAGISTE los bizcochos para la niña?— preguntó doña Amparo á su esposo.

—Sí; aquí están.

D. Carlos sacó de un bolsillo el papel que contenía el encargo que su consorte le hiciera; diósele á ésta, y doña Amparo puso el papel sobre una tabla del apaparador.

Mientras, Cándido, Ramón y Angelita, los tres hijos del matrimonio, cenaban sentados en torno á la mesa: los dos primeros, apetitosamente; la niña, con la desgana y poca afición de todo enfermo, si bien no fuera grave ni mucho menos su dolencia.

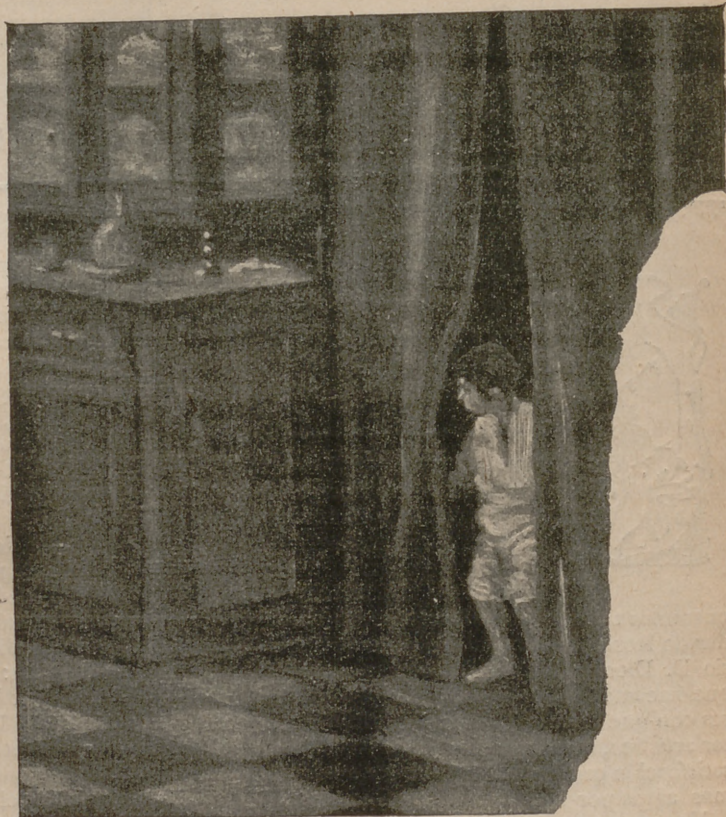
Cándido comía y callaba, y desde que oyó las palabras cambiadas por sus padres, siguió con mirada atenta los movimientos de doña Amparo hasta ver el sitio en que quedaban los bizcochos.

Por cierto que, á juzgar por el bulto, bien pocos debían ser, porque apenas si se notaba.

Concluída la cena, la bondadosa madre de aquellos niños retiróse con Angelita para acostar á ésta, en tanto que D. Carlos interrogaba á sus hijos acerca de los progresos que éstos hacían en sus estudios, tema que sin duda no era muy del agrado de los dos

hermanos, porque lo mismo Cándido que Ramón dieron en bostezar con excesiva frecuencia, cerrando los ojos cuanto habrían la boca.

—No os durmáis aquí—acabó por decir D. Carlos—. Ya podéis retiraros á acostar.



Ambos hermanos abandonaron sus respectivos asientos, y tomando la bujía que acababa de entrar la criada, Cándido dió las «buenas noches» á su papá y salió del comedor con su hermano.

D. Carlos, temeroso de que hicieran algún desaguisado con la luz, creyó prudente acompañarles, y no se separó de ellos hasta que les dejó acostados y dormidos.

Entonces quedó la casa tranquila.

Cándido, el mayor de los tres hermanos, contaba nueve años de edad, uno más que Ramón y dos más que Angelita, y era un verdadero diablejo que no dejaba cosa con cosa, que no se cansaba nunca de alborotar y que, según decía su mamá, daba más guerra que Napoleón.

Pues bien; Cándido, mucho tiempo después de haberse acostado, y no se sabe por qué motivo, dejó el lecho, y desnudo y descalzo salió de su cuarto, y fuese de puntillas... ¡Dios sabe adónde! Mas no debió de ser muy lejos, porque tornó en seguida, metióse en la cama, y cuando á última hora entró su mamá á darle el último beso, según costumbre, lo mismo que á su hermano, Cándido dormía reposada y profundamente, tanto, que ni siquiera advirtió la caricia de su amantísima madre.

Y, que sepamos, ya no pasó más en aquella noche, porque doña Amparo, D. Carlos y la criada se recogieron á la hora habitual, y ya no volvió á oirse ruido alguno en aquella morada.



En cambio, al siguiente día, muy temprano, la esposa de D. Carlos pasó desde su dormitorio al de su hija, que dormitaba inquieta y desasosegada. Inclínose sobre la camita de la niña; posó sus labios en la frente de la enferma, cuidando de no despertarla, y dispúsose á retirarse tan sigilosamente como había entrado.

—¡Mamá!—llamó Angelita.

—¡Creí que dormías, encanto mío! Es muy temprano aún.

—¿Vas á darme chocolate con bizcochos?

—Sí, en seguida. Ahora va á hacerlo la criada, y luego lo tomarás. ¿Tienes apetito?

—¡Sí!

—Verás qué bien te saben los bizcochitos que papá te ha traído. ¡Ea! Duerme un poquito más hasta que te traiga el chocolate.

Colmó de besos á la niña, y abandonó la estancia doña Amparo, á punto que la doméstica dirigiase hacia la cocina para encender lumbre.

—Haga usted en seguida el chocolate, que la niña está ya despierta—dijo doña Amparo.

—Ahora mismo, señora.

Y la dueña de la casa trasladóse al comedor, y una vez en él, buscó con la mirada algo que sin duda pensaba encontrar allí. Pero en vano. En parte alguna vieron sus ojos lo que buscaban.

—¡Es extraño! ¡Muy extraño! —murmuró—. Recuerdo que los puse yo misma aquí. Acaso los habrá guardado él para que no los cojan los niños.

Y no muy satisfecha fuese al encuentro de la criada.

—¿Ha visto usted un papel que dejé anoche en el aparador, con unos bizcochos?

—¡No, señora!

Doña Amparo se dirigió hacia su dormitorio y despertó á D. Carlos.

—¿Y los bizcochos?—preguntóle.

—Anoche los dejaste en el aparador.

—Pero, tú ¿no has vuelto á tomarlos? ¿No los has guardado?

—No.

—¡Ay, Dios mío! Entonces... ¡han volado!

—¿Cómo que han volado?

—¡Es claro! Tú no los has visto; la criada, tampoco; yo no los he vuelto á tocar, y no parecen, con que...

—Alguno de esos pícaros los ha cogido. ¡Mas no sé cuándo! Anoche se durmieron en el comedor apenas acabamos de cenar...

—Y dormidos los dejé, y muy profundamente, cuando les vi, antes de acostarme.

—¡No tengas duda! Si no anoche, esta misma mañana los habrá tomado alguno de ellos.

—¡Nunca se despiertan tan temprano!

—¡Pues oye, oye... buena algazara traen!

—Voy á interrogarles.

—Bueno; pero manda comprar otros bizcochos á la criada, porque los de anoche ya no vuelven á parecer.



Doña Amparo trasladóse al cuarto de sus hijos, no ocultando el profundo disgusto que la dominaba. Cándido y Ramón, cada cual en su lecho, ejercitábanse en saltar y hacer volatines, á manera de *clowns* de circo, acompañando sus saltos y volteretas con gritos desaforados.

—¡Pero, Señor, Señor! ¿Qué es esto? ¿Qué escándalo á estas horas!... ¡Y desnudos!... ¡Pronto á vestirse!

Los muchachos, cual si no la hubiesen oído, prosiguieron en su diversión, y en poco estuvo el que su madre no soltase la carcajada al verles y oírles. Mas no; reirse, no. ¡Al contrario! La buena señora se contuvo y hasta mostróse enojada. Había que mantenerse enérgica con aquellos diablillos.

—¿Y los bizcochos que dejé anoche en el aparador? ¿Quién se los ha comido?

Entonces cesó el alboroto.

Cándido, montado sobre una almohada, quedóse mirando atónito á su madre, á la vez que Ramón repetía asombrado:

—¿Bizcochos?... ¡Bizcochos!...

—¡A ver! Quiero saberlo—siguió doña Amparo—. ¿Quién los ha cogido?

Los niños miráronse como asombrados. ¡Vamos, que culparles de haberse comido unos bizcochos de los que ni noticia tenían!...

—¡Está bien!—terminó su mamá en vista

de tal mutismo—. No queréis decir la verdad; pero no importa. El goloso que se los haya comido se descubrirá él mismo, y muy pronto.

—¡Yo no he sido, mamá!—protestó Ramón con acento compungido.

—Pues yo ni sabía que hubiese en casa tales bizcochos—dijo á su vez Cándido.



—¡Bien, bien! Ya sabré la verdad.

Salió del cuarto la esposa de D. Carlos, y luego que hubo cerrado la puerta, Cándido dijo á su hermano:

—¡Puede que haya sido la criada y nos echen la culpa á nosotros!... ¡Es claro! Como ya no se puede descubrir la verdad...



Apuró de un sorbo el agua que restaba en la copa que tenía sobre su mesa de noche; miró al fondo como si temiese encontrar algo en la vasija; arrojó al suelo las gotas que quedaban, y vistióse Cándido con más silencio y gravedad que lo que había guardado hasta entonces.

Aún no terminaron su aseo los pequeños, cuando D. Carlos entró en el dormitorio de los dos hermanos.

—Di, papá: ¿en qué se conoce que ha comido bizcochos una persona?— consultóle Ramón.

—En que luego tiene sed, le duele el vientre y se pone malo.

—Pues yo nunca he tenido eso y he comido bizcochos muchas veces.

—Pero no habrán sido los bizcochos cogidos á escondidas, sino que te los habrán dado.

—¡Eso sí!

Cándido no pudo reprimir un gesto doloroso.

—¿Y qué sucede á los que cogen bizcochos?— preguntó á su padre.

—Que se ponen muy malos... y algunos se pueden morir, por golosos.

—¡Ay!—gimió Cándido.

Y sin duda debió de sentirse dolorido, porque palideció y llevóse ambas manos al vientre.

D. Carlos disimuló la risa que pugnaba por brotar á sus labios, y exclamó:

—Ya está descubierto el goloso. ¿Cuándo los has cogido?

—Anoche—contestó Cándido.

—¿Cuándo los has comido?

—Esta mañana.

—Ya ves de qué poco te ha servido ocultarte y disimular tu mala acción. Tú mismo te has vendido.

Lo que no dijo á Cándido es que los bizcochos eran purgantes y que estaban destinados para su hermana enferma.

PEDRO J. SOLAS.

DESALIENTO

AL cabo de seis años de agonía todo me cansa ya, todo me hastia; hasta el llanto que un tiempo me alivió. Lleno estoy de estupor y de pereza, como el que al alba su jornada empieza y el sueño en larga noche no probó.

En mi ánimo confuso y turbulento, siempre, de pensamiento en pensamiento, tu dulce imagen vaga sin cesar, como en noche callada, triste y sola, melancólica vaga, de ola en ola, la imagen de la luna sobre el mar.

Yo sé que Dios con su hálito podría en el fondo leal del alma mía borrar tu imagen y extinguir mi amor. Mas ¡ay! para mi espíritu abatido, á las lóbregas sombras del olvido prefiero el triste rayo del dolor.

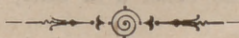
Que si es terrible el ronco mar violento,

cuando agitadas á merced del viento las verdes olas reventando van, más me horroriza el agua que, estancada por el árido cierzo congelada, resiste inalterable al huracán.

Sé que la saciedad la pena embota; sé que, abusando, hasta el dolor se agota; sé que nada es eterno: ¡ni el amor! Por eso, conteniendo el triste lloro, conservo mi ansiedad como un tesoro y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mi terrible pesa; y, entretanto, en el fondo de la huesa, sordo tu cuerpo á mi gemido está. Mas nada hay fijo en la inconstante suerte: si hoy nos separa sin piedad la muerte, la muerte al fin á uniros volverá.

FEDERICO BALART.





MÁLAGA

EL PILLUELO MALAGUEÑO (1)

RATA era conocidísimo en la Caleta. No había chico más listo que él: honrado, servicial, dispuesto á todo.

A los diez años se creía ya un hombre y paseaba por la playa fumando gravemente alguna colilla, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y reflejando toda su personilla el aburrimiento y el cansancio de quien ha sufrido muchos desengaños y sinsabores después de largos años de lucha.

No gustaba de los juegos que tanto entusiasmaban á los demás muchachos; él sólo hacía aquello que veía hacer á los hombres, imitándoles con una encantadora inexperiencia que divertía á cuantos le veían.

—*Rata*, tráeme tabaco—le encargaban á lo mejor.

Y allá iba él, ligero, pero sin precipitarse, poseído de que realizaba una importante misión y gozando interiormente ante la perspectiva del cigarrillo de propina.

Cuando cumplió los catorce años quisieron sus padres dedicarlo á la marinería; pero él habló de su afición á las Bellas Artes y se hizo pintor de paredes.

Todas las mañanas veíasele marchar hacia la obra en que trabajaba. Estaban pintando la fachada de un viejo caserón, y aunque él no hacía otra cosa que llevar de uno á otro lado los cubos de pintura y recoger los pinceles cuando caían á la calle, se creía el

(1) En el próximo número *De la choza al palacio*.—Guadalajara.

principal ejecutante de la obra y apresuraba el paso como si el trabajo no pudiera empezar hasta que él llegase. ¡Era delicioso!

A lo mejor quedábase plantado en medio del arroyo contemplando seriamente lo que habían pintado los oficiales, y de aquel examen le sacaban los pescozones del maestro.

Con todas estas cosas, lejos de adelantar, hallábase más torpe cada día. Sus padres desesperábanse ante la inutilidad de aquel muchacho que, sin ser de malas condiciones, resultaba muy torpe para el trabajo.

Intentaron cambiarle de oficio, y fué peor. Decididamente no servía más que para vagar, dándose las de hombre importante.

Rata seguía siempre con su aire formal y grave, mirando por encima del hombro á los demás, como si fuese superior á todos y hubiera venido á este mundo para cumplir una misión importante.

Por entonces sobrevino una guerra con los moros fronterizos á Melilla.

De Málaga salieron las primeras tropas que acudían á defender la bandera española ultrajada por los bárbaros africanos.

Rata sentó plaza de trompeta, y marchó con uno de los batallones expedicionarios.

Asistió á reñidos encuentros y en todos se portó como un valiente.

Cierto día fué sorprendido en una emboscada y cayó prisionero.

Le encerraron en una oscura mazmorra, en compañía de dos oficiales que, como él, habían caído en poder del enemigo.

Rata pasó allí los días más amargos de su vida. Los apaleaban, matándoles de hambre. No querían acabar con ellos confiando en un buen rescate.

Todas las noches tocaba llamada en su trompeta, que le habían dejado los moros, y confiaba en que los suyos acudirían, como si fuera posible que le oyesen.

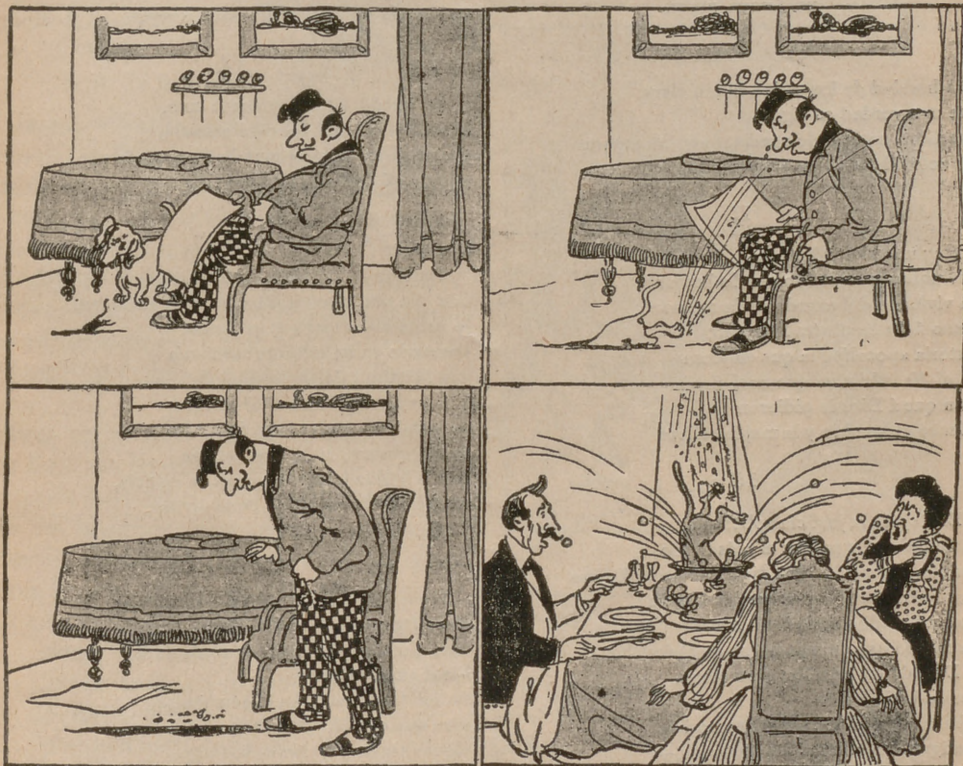
Los rifeños, que al principio tomaron á broma la cosa, acabaron por cansarse, y una

mañana sacaron á *Rata* al campo para matarle. El trompetilla, á punto de morir, cuando sus asesinos desnudaban los alfanjes para matarle, quiso tocar por última vez, despidiéndose de su patria y de la vida. El toque

que estaban prisioneros los oficiales españoles, y fueron rescatados gracias á las indicaciones de *Rata*, que fué recompensado por aquella acción.

Tan pronto como obtuvo la licencia le

UN PERRO CAZADOR DE..... MACARRONES (Historieta muda.)



de llamada surgió vibrante y poderoso, y entonces ocurrió una cosa extraordinaria.

El estampido de una descarga cerrada se confundió con las últimas notas del toque militar.

Los moros huyeron y *Rata* se lo pudo explicar todo. Una columna que operaba por aquellos alrededores había acudido pronta á su llamada, salvándole la vida.

Horas después era tomado el aduar en

protegió uno de aquellos oficiales, dándole facilidades para instalar un puestecillo de pescado, que no tardó en hacerse famoso. Era el puesto del trompeta de Melilla, el pilluelo malagueño.

Rata ha llegado á reunir un modesto capital que le da para vivir, para hacer dichosos á sus padres y para socorrer á los pobres.

X. X.

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA EN DOS CANTOS

A mi amigo el ilustre
poeta valenciano D. Teodoro Llorente.

CANTO PRIMERO

EL ÁNGEL FIDEL

I

LA bondad de los cielos es tan clara,
que con verdad os digo,
que Dios, con su clemencia, es quien separa
los actos de la culpa, del castigo.

II

Hay una cierta historia
que uniendo lo divino con lo humano,
va viviendo del mundo en la memoria
como flota en el aire lo lejano;
historia apocalíptica que empieza
en el día infeliz en que nacieron
y en que á Dios le pidieron
talento el hombre y la mujer belleza.

III

El Rey de la justicia soberana,
es de todos los padres el más tierno,
aunque hay necios que piensan que el Eterno
es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
de cuanto hay de más negro en el destino,
el Dios de las estrellas y las flores
con su labio divino
dijo al ángel Fidel: —Que tu pericia
castigue con razón á los humanos,—
y con sus santas manos,
el rayo le entregó de la justicia.
Así fué al brazo de Fidel atada
la justicia divina,
lo mismo que la cólera camina
enroscada en el puño de la espada.
Nombrado ya Fidel, Cid de la altura,
ministro de la muerte y de la guerra,
por ser tan ambicioso, que en la tierra
llegaría hasta abad, si fuese cura,
al verse tan honrado
con armas defensivas y ofensivas,
se quedó contagiado

del mal de las virtudes excesivas;
y como ya tenía
un genio con tendencias á lo horrible,
y además no sabía
que todo ser cruel siempre es pequeño,
haciéndose el terrible
vivió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
y, aunque no de bondad, de orgullo rico,
más que justo, inclemente,
pensó pasar la vida alegremente
como el gran Federico
que jamás se aburría matando gente.

IV

Así quedó, con providente celo,
la mano de Fidel del rayo armada,
cuando Dios sacó el mundo de la nada,
y lo metió bajo el fanal del cielo.

V

Aquel rayo forjado el primer día
con que nunca extermina, aunque amenaza,
lo ostentaba Fidel con gallardía,
paseando su importante medianía
con la altivez de un español de raza;
y, para honrar la celestial milicia,
pensando en poner cara de asesino,
nunca observó su militar pericia
que la bondad, más bien que la justicia,
es lo humano que toca en lo divino.

VI

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada;
mas juzgando á la tierra consternada
con la muerte de Abel, en el instante
Fidel amenazando,
sintiendo no tener en el semblante
para que al cielo y á la tierra espante
alguna cicatriz de arma de fuego,
pregunta á Dios:—(Mato á ese vil hermano?—
Mas Dios, amigo del dolor humano,
con celestial ternura
le respondió á Fidel:—Espera, espera;
háy horas, en la vida, de locura,
mas la hora de Dios es la postrera.—
Y así el Señor, más justo que terrible,
dejó á Caín de turbaciones lleno
condenando al malvado á la insufrible
inquietud natural del que no es bueno.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(Se continuará.)



LOS EXÁMENES

I

PARECÍA imposible que siendo el chico más listo del pueblo ocupara siempre el último puesto en la escuela, y obligara á su maestro á castigarle diariamente por su desaplicación; y es que Joaquín empleaba su talento en inventar diabluras y jugar malas pasadas á sus compañeros; hallándose tan dominado por el feo vicio de la pereza, que no veía en el estudio más que una penitencia insopor- table.

Pero como todo ignorante, aunque rara vez sabía sus lecciones, se creía lo bastante instruido para esperar los próximos exáme- nes sin la menor preocupación, confiando, además, en que, gracias á su serenidad y ta- lento, podría salir de ellos tan airoso como sus más aplicados condiscípulos.

A veces, los demás niños, admirados de que Joaquín se dejara los libros en la escue- la y se pasara todo el día jugando sin pre- ocuparse para nada de repasar las lecciones, le preguntaban cómo teniendo que exami- narse dentro de pocos días estaba tan tran- quilo como siempre, sin tocar siquiera los libros; pero él solía contestarles, echándose- las de listo:

—Lo que es á mí me tienen completa- mente sin cuidado los exámenes que tanto os in- tímida á todos; yo no creo que para hacer un buen papel y hasta para lucirse sea pre- ciso matarse á estudiar como lo hacéis vos- otros; lo principal es tener mucha serenidad

y no callarse á nada que el Tribunal pregun- te; por lo demás, aunque se conteste un poco peor ó mejor, lo mismo da.

Pero era el caso que cuanto más se acer- caba el día solemne de los exámenes y re- partición de premios, menos tranquilo iba estando el famoso colegial que tanto alarde hacía siempre de su serenidad; así que la no- che anterior á ellos empezó á arrepentirse

LOS CUMPLIMIENTOS

I



—No se moleste, señor, yo le cogeré.

de su holgazanería, y queriendo adelantar el tiempo perdido se pasó toda la noche en vela estudiando con el mayor afán, si bien no obtuvo el menor resultado satisfactorio, pues le fué completamente imposible apren- der en unas cuantas horas las varias leccio- nes que no sabía.

Por fin llegó el día tan temido de los es- tudiantes, y todos los niños fueron á la es- cuela á la hora fijada por el maestro, lucien- do sus mejores trajes y conociéndose en sus caras cuáles eran los aplicados que habían estudiado y cuáles los holgazanes, pues estos últimos, entre los que se contaba Joaquín, estaban tristes y cabizbajos, sin participar de la alegría general.

LOS CUMPLIMIENTOS

II



—No, no, que viene usted cargado.

Cuando estuvieron reunidos en la clase mayor del colegio empezaron los exámenes con gran orden, y casi todos los alumnos que fueron llamados sucesivamente por el Tribunal, demostraron con sus acertadas y sencillas respuestas lo bien que habían aprovechado el curso.

Joaquín, sentado en el último banco de la clase, temblaba viendo llegar su turno; pero cuando fué llamado por el maestro, conociendo que aún haría peor papel á los ojos de sus camaradas si no ponía en práctica lo que tantas veces les había dicho, procuró tranquilizarse, presentándose resuelto y orgulloso ante el Tribunal. Conforme se había propuesto, no dejó sin contestación una sola de las varias preguntas que le hicieron; pero como no sabía la lección sobre la cual le interrogaron, fueron tantos los desatinos que aquel niño pudo decir en un momento, que el maestro se vió obligado á mandarle retirar á su sitio.

Entonces Joaquín, abochornado y aturdi-do, comprendiendo que de permanecer allí hubiera tenido que aguantar las molestas

miradas y burlas de sus compañeros, salió de la escuela sin que terminaran los exámenes y sin esperar á la repartición de premios que después de éstos había de verificarse.



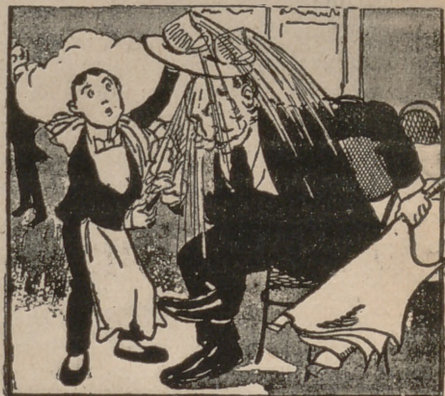
Haría cerca de media hora que el desaplacado colegial permanecía á la puerta de la escuela triste y lloroso y sin saber qué hacer, cuando habiendo acabado la repartición de premios empezaron á salir los estudiantes con una algarabía de dos mil demonios, llevando en sus manos libros de cuentas lujosamente encuadernados, diplomas de honor, medallas, estampas y otra infinidad de objetos que habían recibido del Tribunal en recompensa de su aplicación.

¡Qué contentos estaban! ¡Con qué alegría corrían en todas direcciones deseosos de llegar cuanto antes á sus casas y poder enseñar á sus padres los premios obtenidos.

Joaquín, arrepentido por completo de su holgazanería, hubiera también querido, aunque con un motivo bien diferente, presentarse á sus padres y pedirles perdón; pero

LOS CUMPLIMIENTOS

III



—Ahí tiéne usted.

—¡¡Socorro!! ¡¡Que vengan los bomberos!!

como estaba seguro de que le castigarían severamente sin creer en sus promesas, le costaba tanto decidirse á ir á su casa...

Cuando más preocupado se hallaba sin que sus compañeros, en su gran alegría, se fijaran en él, Luis, uno de los niños más aplicados y queridos del maestro, comprendiendo la causa de su preocupación, se acercó al triste colegial, y le dijo demostrando en sus palabras el mayor cariño:

—Vamos, hombre; no pienses más en lo que ya no tiene remedio; todos lo olvidaremos; te querremos como antes, y yo seré el primero en no permitir que ninguno se burle de ti; bien arrepentido estás ya, y de seguro no volverás á dejarte dominar por la pereza. Ahora lo que debes hacer es presentarte á tus padres y pedirles perdón.

—Sí; yo quisiera hacerlo cuanto antes; pero no me atrevo... seguramente me castigarán y no me querrán creer aunque les prometa enmendarme—contestó Joaquín sin dejar de llorar. Pero Luis, que á su gran amor al estudio reunía un corazón excelente, cogiendo al niño de la mano le dijo:

—Vamos, no tengas miedo; yo te acompañaré á tu casa, intercederé por ti y verás cómo no te castigan.

Y en efecto; Joaquín se presentó en su casa acompañado por Luis, quien, uniendo sus ruegos y súplicas á las de su amigo, consiguió que le perdonasen; éste á su vez cumplió fielmente sus promesas, y se pasó estudiando todo el verano mientras jugaban sus compañeros, logrando así recuperar el tiempo perdido. Y cuando en el otoño volvió á ir á la escuela, figuró entre los más estudiosos, dejando admirado al maestro por su constante aplicación y buena conducta.

Esta sencilla historia, que si no es verdadera pudiera serlo, nos demuestra que la serenidad y el talento, tan necesarios para los exámenes, de nada sirven sin haber estudiado.

NIEVES CAMPA.

A NUESTROS CORRESPONSALES

TAN grande ha sido el éxito de la novelita *DÍA FELIZ*, que tenemos agotados completamente los números 13, 14 y 15; y como diariamente recibimos pedidos de Madrid y provincias, nos harían un grandísimo favor los corresponsales que tengan ejemplares sobrantes remitiéndolos lo antes posible.

También les agradeceremos indiquen con la mayor exactitud el número de ejemplares que necesiten, para no encontrarnos luego sin poderles servir los aumentos.

Desde este número toda la correspondencia, tanto artística como administrativa, debe ser dirigida á D. Estanislao Maestre, calle del Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

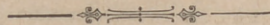
ADVERTENCIA.—En atención á la insistencia con que nos piden suscripciones para Madrid, á partir de este número comenzamos á organizar el servicio de reparto, á fin de tenerle en toda regla para servir á los suscriptores desde el primer número de Julio.

La suscripción será por meses, al precio de cincuenta céntimos.

Los lectores que deseen suscribirse pueden pasar por estas oficinas de 6 á 9 de la noche, para dejar nota de sus domicilios ó enviarlos por carta.

La cobranza de la suscripción se hará cuando los repartidores entreguen á domicilio el primer número.

A medida que vayamos recibiendo las suscripciones se insertarán en una página de la Revista los nombres de los suscriptores.





Cuento científico

POR Heruclito



En el próximo número anuncio de un originalísimo concurso que agradará mucho á los niños y..... á los padres: CERTAMEN DE BELLEZAS INFANTILES.



EL SEXTO

SE abre un nuevo y original concurso, en el cual podéis poner á prueba vuestras condiciones de prosistas ó versificadores, que consiste en explicar en tono festivo ó serio el *Cuento científico* cuyo dibujo ocupa la plana 250.

Las soluciones, sean en prosa ó en verso, no podrán tener más extensión de la que permite una de nuestras tarjetas postales; y como la cosa se presta y el dibujo está perfectamente acabado, es de suponer que sacaréis de él buen partido.

Bases para tomar parte en el concurso:

1.^a No es preciso acompañar á la solución el dibujo, sino escribirla en una cuartilla de papel y remitirla dentro de un sobre abierto, franqueado con un cuarto de céntimo, en el cual habéis de poner: *Original de imprenta*. Los de Madrid pueden depositar las soluciones en el buzón ó entregarlas en nuestras oficinas.

2.^a Un jurado competente examinará las tarjetas y concederá los premios.

3.^a Las soluciones pueden enviarse hasta el 30 de Junio.

4.^a Quedan fuera de concurso las soluciones que no se ajusten á lo indicado en la base 1.^a

Lista de premios:

1.^o Un bonito juguete y título de colaborador.

2.^o y 3.^o Título de colaborador.

En el próximo número resultado del quinto concurso.



EN el día 11 de Junio del año 292 se convirtió á la fe, abjurando de sus errores, el famoso retórico *Arnobio*, maestro de *Lactancio Firmiano*, de cuya conversión dudaban los prelados, sin embargo de suplicarles con insistencia el bautismo. Escribió con mucha elegancia de estilo siete volúmenes contra el gentilismo, haciendo al propio tiempo la apología de la religión cristiana. Rebatía en ella la opinión errónea de los gentiles acerca de culpar á los cristianos por la plaga terrible de reptiles que inficionaban el Asia y la Siria, diciendo que semejante plaga molesta no se conocía entonces en España ni en la Galia, *donde eran innumerables los cristianos*. En efecto, fué tanta la langosta que allí se levantó, que las legiones enviadas por el emperador Nerón á la Siria no pudieron pasar, por haberse perdido todas las cosechas. Así lo escribe Tácito en sus *Anales*, libro XV.

M.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

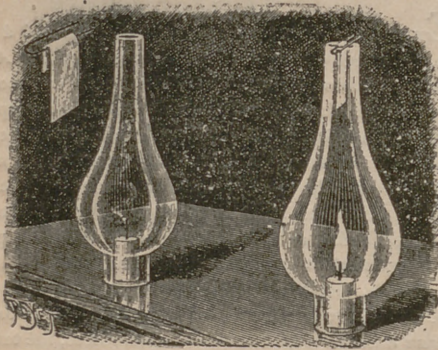
LA BUJÍA DENTRO DEL TUBO DE UN QUINQUÉ

PARA abrigar del viento una bujía encendida, hemos colocado sobre la mesa un tubo de quinqué que cubra la vela: al cabo de pocos minutos observaremos que la luz palidece, y más tarde se apaga: este resultado es debido á que los productos de la combustión se han acumulado en la parte inferior del tubo, viciando así la atmósfera é impidiendo, por tanto, la combustión de la bujía.

¿Qué hacemos para remediar tal inconveniente?

Podríamos colocar el tubo sobre un soporte calado que permitiese la entrada del aire puro por la parte inferior: este aire, calentado

con la combustión de la bujía, subiría por el tubo para salir por la parte superior, como se verifica en todas las lámparas. Pero vamos á indicar un procedimiento más original: coloquemos horizontalmente sobre el borde superior del tubo un alambrito, por ejemplo, una horquilla, encima de la cual pondremos una pequeña lámina de cinc doblada, de mo-



do que pueda colgarse del alambre y que tenga el mismo ancho del tubo en su parte superior. Dividiremos así el tubo en dos partes iguales por medio de este pequeño tabique, que tendrá próximamente unos 20 centímetros de altura. Desde este momento veréis cómo la bujía luce con perfecta regularidad con una llama muy viva. Esto consiste en que el aire puro penetra por un costado de la lámina metálica y baja hasta la llama, mientras que el aire viciado sale por el otro lado: este doble movimiento está indicado en el dibujo que acompaña estos renglones por dos flechas, y lo comprobaréis prácticamente aproximando al borde superior del tubo una cerilla encendida: en uno de los lados del tabique establecido la llama será atraída hacia el interior del tubo, y en el otro lado será, por el contrario, rechazada hacia fuera.



Salvador Serra.—Valls.—Esta Revista me gusta mucho por lo bonita que es. He leído tres preciosas, pero ésta me gusta mucho más.

Alfonso Mejías.—Madrid.—Debían publicar las tapas de la novelita en colores (1).

Antonio Huertas.—Idem.

Me gusta ROSA Y AZUL
porque tiene buena maña
para regalarnos un
bonito mapa de España.

Me gustan sus poesías;
el título muy hermoso.
Yo paso noches y días
con él. Ya soy estudioso.

M. y Clemente Mayo.—Toledo.

Mi querido Director:
Yo no le puedo decir
la alegría que supone
un sábado para mí;
ROSA Y AZUL me entusiasma
por sus bonitas leyendas,
sus historietas y cuentos
y por su lectura amena.

Pero más me entusiasmará;
si aleyuas publicara.

Su cubierta me entusiasma,
las tarjetas mucho más,
y su Director me gusta
porque es bueno por demás.

Cansado estoy de escribir,
por lo que ya me despido,
y mande usted lo que quiera
á éste su mejor amigo.

Jaime Lluch.—Barcelona.—Me gusta mucho la novelita. Procure que cuantas publiquen sean iguales. Espero con afán la sección «Información gráfica».

(1) Se tendrá en cuenta su petición.

Un día, juntamente con la rebanada de pan, ocurrióseme regalar al chico á quien daba limosna una corbata vieja de unicolor con unas tijeras á los dos extremos. Dos

temblaban, y por un momento no vi ni pensé nada. Desde aquel día, durante una semana, no vi más á la muchacha sola; aquel mozo la acompañaba por la mañana, y él mismo iba á buscarla por la tarde. Pronto se fijó en mí, y comenzó á mirarme con ojos de basilisco. Yo no lo miraba. Todos los días, allí donde nos encontramos, estuviese ó no estuviese el caballero de marras, y lo notase ó no lo notase el joven que la acompañaba, dirígame ella una mirada, una sola, siempre igual, siempre como la del primer día, y esto me daba gran fuerza y mucho valor. Pero quien será ese?, me preguntaba, y ahora verá por qué curioso caso logré saber quien era.

29

DÍA FELIZ

32

DÍA FELIZ

coronel; si supiese su merced lo que experimentaba yo de noche, á las dos, á las tres de la madrugada, cuando pasaba por detrás del hospital con la patrulla, y veía allá arriba, en el cuarto piso, aquella ventanita iluminada, y pensaba que en aquel momento estaba allí cosiendo, cansada, traspasada de frío, quizás sin haber comido, quizás sin haber cenado...

Oiga ahora cómo me di á conocer. Fué toda una aventura. Una mañana, el chico vino á decirme que su hermana le había preguntado quién era el soldado que le daba el pan y los cuartos. ¡Mire qué casualidad! Había sido promovido á cabo el día anterior, y me había puesto los galones aquel mismo día. Por eso me ocurrió decirle:—Dile á tu hermana, que el soldado que te da el pan, es uno que se ha puesto hoy los galones por primera vez.—Por la tarde, salgo, palpítandome el corazón, la encuentro, me mira, se pone colorada,

rosto la vergüenza, porque, ya lo sabe, señor coronel, cuando se ve á un soldado que mira á una muchacha, no se cree que puede ser más que con cierta idea, y la muchacha pierde la reputación, y á mí me ahigra pensarlo; y le digo, bajo palabra de honor, que no se me ocurrió tal pensamiento; pero cómo dejar de ir á aquella calle? Si no iba, imaginábame que debía suceder algo, y estaba siempre alarmado y temeroso; de modo, que no había más remedio que ir allá. Ahora verá lo que ocurrió. Conocía de vista á un mal sujeto, un mozo que podía tener veintitres ó veinticuatro años, ojeroso, borrachín, vigilado por la policía, y lo conocía porque había sentido que ver con él una noche, patrullando por la ciudad. Pues bien; cierto día... no olvidaré nunca la sorpresa y el disgusto que experimenté... cierto día cuando á aquel sujeto llevando del brazo á la muchacha. Sentí que las piernas me

28

DÍA FELIZ

25

DÍA FELIZ

sujetaba bajo la barba, con su manecita delgada y pálida. Vino hacia mí y pasó por mi lado, apresurando aún más el paso. Cuando me vió, púsose en seguida como la grana. El corazón se me oprimió, y me dió tanta lástima aquella pobre joven, que no sé cómo se me ocurrió una idea... Tenía que pasar entre la pared y yo; había en el suelo un gran pedrusco, me incliné, lo cogí, lo arrojé en medio de la calle, di un paso atrás, y ella, pasando por delante de mí, como una flecha, me miró y me dijo:—Gracias—. Yo quedé allí aturdido, mirándola mientras se alejaba. De pronto siento reír detrás de mí. Me vuelvo, y veo un joven, un señorito, que iba deprisa detrás de la muchacha mirando al suelo. No había más gente en la calle; se había reído de mí. Le seguí con los ojos, no se volvió, no me miró, pasó adelante; pero yo quedé allí como si me hubieran dado un garrotazo en la cabeza.

26

DÍA FELIZ

Tenia mala cara aquel caballero; le respaldaban los ojos de una manera que casi daba miedo. Pasé muy malos ratos aquel día, señor coronel; ¿qué quiere su merced? Yo no había sentido jamás afecto semejante... ni sabía tan siquiera lo que me pasaba. Hubiera querido que hubiese guerras, que ocurriese un incendio, ó cualquiera otra cosa bien terrible, para poderme arrojar en medio de ello como un desesperado. Al día siguiente volví á pasar por allí, y de nuevo encontré aquel caballero. Apenas me vió, fué á plantarse delante de la puerta de las costureras. Púseme á observarlo de lejos. Las muchachas salieron y se detuvieron en la calle. Salió ella la última, rieron las otras, acercósele el caballero para hablarle, volvióse ella las espaldas y apretó el paso. Cuando estuve cerca noté que lloraba. Me miró como el primer día, pasando deprisa; dió la vuelta á la primer esquina, y el señorito detrás.

27

DÍA FELIZ

Esta vez quiero ver yo también lo que pasa, díje en mi interior, y la seguí de lejos. Volviendo y revolviendo por aquellos callejones estrechos y tortuosos, la joven llegó por último á la calle que corre por detrás del Hospital Militar, donde vivía. Metíse por una puerta, y dejó á su peregrino moño y confuso, con un pie en el umbral, el otro en el primer escalón de la escalera, y la cara mirando hacia arriba. Un minuto después entró en la ventana del cuarto piso, miró abajo, y desapareció. La mismísima escena se repitió siete u ocho días. El me miraba siempre muy atraído, y ella con semblante dulce y cariñoso. El continuaba siguiéndola, como la sombra al cuerpo; ella continuaba escapándose, y yo los observaba á ella y á él.

Mientras tanto, en la calle de las costureras, la gente ya estaba sobre aviso, y cuando yo iba sentía que me abrazaba el

31

DÍA FELIZ

berna, y volvía á casa borracho, y la maltrataba y la hacía llorar. Muchas veces, me dijo entre otras cosas el chico, vuelve á casa, á las dos ó las tres de la madrugada, y mi hermana está trabajando aún, y á esa hora trae consigo á sus compinches, y se ponen todos á cantar y á bailar, y entonces ella se sale del cuarto y se queda dormida en la escalera, con la costura en la mano.—Si no me puse á llorar allí, en su presencia, fué porque hice un esfuerzo; pero no pude contenerme cuando me vi solo. Desde aquel día di al chico todo mi pan, ahorré todo el dinerillo que pude y se lo di también: parecíame que aquello era una obligación; y lo hacía, no sólo por el gusto que tenía en ello, sino por conciencia; tenía valor bastante para seguir así eternamente; tanta era la compasión que me daba aquella pobre desgraciada, sola, sin defensa, y reducida á comer pan solo, y eso á fuerza de trabajar. ¡Oh!, señor

30

DÍA FELIZ

das después vi al compañero de la muchacha con aquella corbata puesta. Lo miró bien á la cara, comparó las dos fotografías, me parece que él y el chiquillo se semejan mucho y me ocurre la sospecha de que sean hermanos. Al día siguiente llamo al chico aparte, y le pregunto:—Dime, ¿te comes tí todo este pan, ó le das también á tu hermano?—Le doy á mi hermano, me contesta.—¿Tienes también una hermana?—Una hermana y un hermano.—¿Qué hace tu hermana?—Es costurera.—¿Y tu hermano?—Meditó un momento, y después contestó:—Nada.—Es él, pensé; y en efecto, continuando el interrogatorio, me enteré de todo. Supe que la muchacha se llamaba Luisa, que contaba diez y siete años, que no tenían padre ni madre, ni otros parentes; hacía cerca de dos años que la pobre chica trabajaba noche y día para ganarse la vida y dar algunos cuartos á su hermano, que iba á gastarlos á la ta-



Conchita Alonso.—Madrid.—Su carta está muy bien; no la han engañado. Se publicará.

J. G. y Ramírez.—Idem.—Entra en turno. Envíe apuntes; también me agradan.

J. S. Bayton.—Idem.—Ya vería usted que no pude complacerle. Los *Comienzos de Julio* nunca me han gustado, y ahora... ¡ay!... tampoco.

T. Campa.—Idem.—Entra en turno.

C. Hartley.—Idem.—¡Vaya un calendario que tiene usted, mi amigo!

E. Sancho.—Se olvidó enviar las soluciones.

M. de Diego.—Madrid.—Entra en turno.

J. Socastro.—Idem.—Idem id.

F. Olmedo.—Idem.—Ya comprenderá usted que su trabajo llega fuera de oportunidad.

Gil Farrán.—Barcelona.—La fábula que usted envía está calcada del núm. 4.^o de *Garabatos*; y hay que respetar la propiedad, amiguito.

A. Martín.—Madrid.—Los pasatiempos en verso están sujetos á la ortografía, y usted... ¡jeche faltas, comparito! Y reincide usted cuando no escribe pasatiempos. Véase la muestra en su trabajo *Valla un Runbo*:

«Vibía en la anciana córdoba
hace tres siglos y medio.»

¿Sigo? ¡Ay! Yo creo que me va á dar algo.

J. Muñoz.—Idem.—La carta no reúne condiciones; los pasatiempos sí.

L. Díaz.—Logroño.—Entra en turno.

E. Iglesias.—Muchas gracias por el favor que nos dispensa.

V. García.—Entra en turno la carta.

Pascual Climent.—Valencia.—Su carta entra en turno.

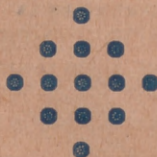
Luis Bustos.—Madrid.—La carta ilustrada no sirve. Corregiré el cuento y se publicará. Los pasatiempos entran en turno.



ADIVINANZA por J. Corral.

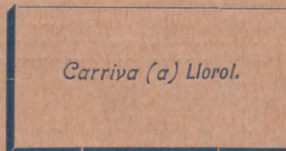
¡Qué cosa es la que se da y nunca se acaba?

ROMBO por F. Guijosa.



Combinense los puntos de manera que, sustituidos por letras, se obtenga: 1.^o, consonante; 2.^o, parte del Océano; 3.^o, nombre de mujer; 4.^o, desembocadura de un río, y 5.^o, vocal.

TARJETA por T. Ruano.



Combinad las letras y hallaréis el nombre y apellido de un conocido escritor.

JEROGLÍFICO por L. Ordoño.

MENTE—rior

SOLUCIONES

Al jeroglífico por L. Bustos: ENTRETELA.—Al triángulo por M. Monc6: PAPEL; AMAS; PASA; ES, y L.—A la adivinanza por L. Ordoño: C B D O.—Al cuadrado por L. Uguiña: DORA; OROS; ROSA, y ASAR.—Al jeroglífico por J. Socastro: CASINO.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cup6n regalo núm. 8.

La presentaci6n de 52 cupones con la numeraci6n correlativa da derecho á un magnífico mapa de Espaõa.

ROSA Y AZUL

(Todo para niõos)



Marqu6s de Santa Ana, 33

MADRID



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados

y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada	0,15
Lengua castellana	0,15
Aritmética	0,15
Geografía é Historia	0,15
Elementos de Derecho	0,15
Nociones de Geometría	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana	0,15
Agricultura	0,15
Industria y Comercio	0,15

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

Precio neto
del roo.

Litografía en negro	3 ptas.
Negro y plata	3 »
Cromo con oro	3 »
Cartoné negro y plata	6 »
Lujo tapas doradas	7 »

Pidan tarifas de precios y condiciones al depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Hija de Gómez Tutor.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla* en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la

verdadera *Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajes dril, desde	2 ptas.
Lana y vicuña	5 »
Gergas y estambres	10 »
Piqués superiores	8 »
Alpacas elegantes	15 »

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA

MADRID.—18, LERÓN, 18.—MADRID

Para convalecientes y personas débiles es el mejor tónico y nutritivo. — Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA: